

Corre, Lola, corre. Una aproximación afortunada entre el arte y el saber

por: Aleyda Muñoz López

Producir una obra de arte en la sociedad contemporánea, aproximándola a conceptos de tiempo y espacio, orden y caos, autonomía o heteronomía, finitud e incertidumbre constituye un reto importante para los creadores concernidos por el saber de la época. El guión de *Corre, Lola, corre*, es un buen ejemplo de cine-arte con profundo contenido temático, que deja testimonio del saber cultural y de las preguntas que acosan al sujeto.

Los elementos de la historia, en principio intrascendentes, se enriquecen con referentes de la modernidad y de la sociedad actual. Vemos una pareja de jóvenes desaliñados e irreflexivos, unidos por el amor y por la idea de ser incondicionales en las dificultades. Manni y Lola están comprometidos en el cumplimiento de un pacto sórdido con matones, traficantes de gemas, pero un incidente impide que Lola llegue a tiempo, cuando un ladrón al acecho hurta la motocicleta en la cual Lola se desliza para acudir a la cita con los delincuentes. Ello obliga a Manni a tomar el metro llevando consigo la bolsa de dinero que debe entregarles y que coloca con descuido a su lado. Un control rutinario de la policía lo asusta y abandona el metro en forma precipitada dejando olvidada la bolsa que luego es encontrada por un afortunado mendigo. A partir de esta situación, tres relatos con diferentes decisiones y sucesos nos plantean cómo Lola intenta ayudar a Manni consiguiendo el dinero, donado, robado o ganado en la ruleta, para cumplir la cita en veinte minutos impidiendo con ello que Manni asalte un supermercado o sea asesinado.

Una relación amorosa mediada por nexos criminales le permiten al guionista un relato en tres versiones que difieren por la elección del protagonista o por eventos del azar que modifican el resultado final de la historia. El tiempo como límite, marcado

por el péndulo, la música sincopada, los relojes en escena garantizan la tensión dramática o trágica que captura la atención del espectador, y el recurso de la imagen en movimiento contrastada con objetos fijos, acentúan el ritmo de la película.

Las posibilidades de interpretación son múltiples. Podría ser una historia de amor contada con humor negro; el testimonio de lo que ocurre a los jóvenes contemporáneos, proclives a la aventura que les permita el dinero fácil aunque suponga problemas con la ley; el retrato de algunos aspectos de una familia actual recompuesta: padre banquero con amante y esposa ociosa con hija desadaptada; jóvenes en riesgo, etc. Pero una lectura más minuciosa permite encontrar referentes de la modernidad y postmodernidad relacionados con reflexiones no concluidas acerca del sujeto, el libre albedrío o la fatalidad, el tiempo, el orden o el caos, la noción de ciencia y la sintaxis de su discurso, entre otras.

Es inevitable que en tanto la ciencia propone nuevas explicaciones acerca del funcionamiento del universo, se modifiquen también la mirada sobre el sujeto, la relación de éste con el semejante y con los objetos, y el relato acerca de los acontecimientos humanos. Por fortuna es permeable la frontera entre el saber formal de la ciencia, el saber cultural o la reflexión acerca de lo humano. Una mirada rápida a la historia de las ideas permite decantar los referentes insinuados en la película.

La sociedad y la ciencia moderna surgen de una clara separación entre concepciones trascendentes avaladas por la creencia y la construcción racional de conocimiento. Sin embargo, se ha concluido después de mucho optimismo en la razón y la ciencia que la frontera entre el acontecimiento previsible e ineluctable y lo inesperado o caótico es difícil de trazar de manera consistente.

Llegar a tal conclusión no ha sido fácil. Fue necesario que corriera mucha agua bajo el puente, porque la expectativa era desmedida. El reloj del universo propuesto por la ciencia del siglo XVII fue puesto en cuestión desde antes por Giambattista Vico, quien resaltó el cambio y sus efectos en el saber como una constante en la historia de las culturas. Después, y con mayor fuerza a partir del estudio de los efectos del azar que dio por resultado el cálculo de probabilidades, el principio de indeterminación de Heisenberg en la física cuántica, la reflexión sobre el lenguaje y el inconsciente y los nuevos horizontes de la filosofía, la modulación en el acento categórico de las conclusiones se impuso y el diálogo entre las ciencias y las humanidades resultó conveniente.

Ésta aproximación entre saberes no elimina las diferencias conceptuales y metodológicas, pero reta a encontrar confluencias y a analizar las contradicciones para proponer nuevas alternativas al conocimiento de la época, sin que el resultado de tal proceso resulte incuestionable o se dé por terminado. Las inferencias teóricas se exponen a la "prueba del tiempo" y ello determina la transformación constante del pensamiento. Algo permanece y algo cambia y ni siquiera puede esperarse que las modificaciones sean irreversibles. Avances y retrocesos, ritmos lentos y acelerados dan cuenta de la historia de las culturas y del saber vigente en ellas, poniendo en cuestión –por añadidura– la idea de progreso como adelanto consistente, como garantía de bienestar o como indicio de armonía permanente.

Si el saber sobre el funcionamiento del universo deja espacio a lo inesperado, y en consecuencia también a la incertidumbre, con mayor incidencia el saber construido sobre el sujeto y la organización social significa vigencia relativa en el tiempo o

variación

variación y diversidad de acuerdo con el entorno cultural. Siguiendo la propuesta de Vico, comenta Isaiah Berlin: "Comprender la historia es comprender lo que los hombres hicieron en el mundo en que se encontraron, lo que exigieron de él, cuáles fueron las necesidades sentidas, las metas, los ideales"¹.

Otro tanto podría decirse de las obras de arte o de la creación estética en la literatura, la música o la danza, como testimonios de un saber cultural anudado a los dramas subjetivos de la época².

El guión de *Corre, Lola, corre* es, a nuestro juicio, un testimonio condensado del saber y del sentir actual. Porque aparte de retomar una historia contemporánea, insinúa la incertidumbre del sujeto postmoderno que frente a las preguntas fundamentales acerca de sí, del sentido de la vida y la muerte, se interroga, además, sobre cómo ama, qué recuerdo permanecerá en el otro después de su muerte, por qué cree lo que

cree, cómo cree y, así mismo, responde con prisa y ansiedad frente al paso del tiempo e insiste en la posibilidad de la vida a pesar de la reaparición de los temores y las dudas, aunque después de muchos intentos de respuesta, retorne al punto de partida tan perplejo como antes. Sus elecciones no lo harán más libre y según el personaje que inicia el juego: "...el balón es redondo, el tiempo de juego es de noventa minutos. Todo lo demás son teorías", como acentuando el recomienzo más allá de cualquier saber o autodeterminación.

La inermidad frente al azar y el peso de la ignorancia, la fuerza del deseo, el sesgo siniestro de los afectos y el drama de la existencia se insinúan con recursos simbólicos impactantes: el cruce de Lola con el mendigo, el vidrio como obstáculo invisible que estalla en mil pedazos, el grito que rompe el cristal, el fantaseo de situaciones benignas o maléficas con los personajes que Lola encuentra en su carrera, la irrupción -in-

oportuna para su misión- en la escena de su padre con la amante y algunas imágenes cuyo tema es el dilema recurrente: la bolsa o la vida. Cada episodio se inicia con una intención vital: ayúdame porque si no, moriré; quiero vivir, dice Lola moribunda; aún no estás muerto le dice a Manni cuando ha sido atropellado por la ambulancia y, a continuación, la insistencia del personaje reinicia el siguiente episodio con diferentes resultados.

Como preámbulo, las imágenes del túnel del tiempo, el balón que cada cual patea según sus recursos, la expectativa de cómo lo harán los otros y la cita de T. S. Eliot: "No cesaremos de explorar, y el final de toda nuestra exploración... será llegar al punto de partida y reconocer el lugar por primera vez", insinúan el hilo conductor de una historia escrita y bellamente relatada en el cine, con una técnica impecable, por Tom Tykwer, autor del guión y director de la película.

¹ Isaiah Berlin, "El divorcio entre las ciencias y las humanidades", en *Contra la corriente*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 171.

² Otro ejemplo espléndido de la conjunción entre arte y ciencia es el texto de Hofstadter, *Gödel, Escher y Bach, un eterno y gracioso bucle*, Barcelona: Tusquets Editores, 2001, para quien desee deleitarse con el diálogo entre la escritura musical de Bach, la pintura paradójica de Escher, los problemas de lógica y la matemática moderna.